

DISCURSOS PARLAMENTARIOS/

¿Es nerviosa la señora?

Hace tiempo un senador pronunció un discurso digno de figurar en letras de oro en los anales parlamentarios, no sólo por la belleza de sus formas, sino por la trascendencia y profundidad de la materia estudiada. Se trataba nada menos que de una vaca overa, hija de padre y madre criollos, que durante varios días vivió, como viven en el país muchos seres racionales, es decir, a costa del Fisco. ¿Se comió la vaca medio fardo o uno entero? ¿Era el pasto de primer o de segundo corte? ¿Estaba el peso conforme o había sido completado, siguiendo las costumbres nacionales, con piedras y otros materiales?

A pesar de la minuciosidad con que el señor senador, trató el problema, estos puntos no quedaron en claro, y el país esperaba, que el nuevo período legislativo fuera destinado por el orador a dar cumplido remate a su discurso.

Pero, he aquí, que antes de agotar la materia el distinguido hombre público ha cambiado de tema.

No se trata ya de la vaca que vivió dentro del país, acosta de los dineros del Estado, sino de un profesor de medicina legal, que con igual sentido práctico, pero con más aficiones al turismo, quiere ir a Montevideo por cuenta y riesgo del Fisco. Este amor a los viajes cambia diametralmente la cuestión, pues, ahora el senador, en lugar de protestar estima muy conveniente que el señor Ramirez Frias esplaye en el extranjero el brillo proverbial de su talento sobre materias ajenas a su ramo.

Por otra parte, no existe paridad alguna entre un profesor de medicina y una vaca, aunque puedan vivir del presupuesto e ignorar en absoluto las cuestiones económicas.

Ha tenido, pues, razón el senador, al llegar a soluciones tan diversas en estas dos trascendentales cuestiones con que ha ocupado la atención del Senado.

Pero la afición a tratar problemas serios, ha hecho eschela en la alta corporación, por lo menos dentro de la familia.

Ahora, don José Pedro Alessandri tiene pendiente al país de otra cuestión importantísima: Los disgustos conyugales entre el juez de Vallenar y su mujer.

"La Nación" ha dedicado ya un editorial al interesantísimo problema.

Según un diario local, el juez olvidó el proverbio hindú: No golpeéis a la mujer ni siquiera con una flor.

Según el interesado, lo respetó plenamente. Si la esposa gritó fué sin motivo, en un simple arranque de histerismo.

Un deudo de la señora, niega esta circunstancia.

Hay, por lo tanto, una cuestión previa que don José Pedro Alessandri y sus colegas del Senado, deberán resolver: ¿Es o no nerviosa la señora del juez de Vallenar?

Mientras esto no se aclare la opinión pública estará pendiente de los labios del senador por Aconcagua.

No habrá paz, no habrá calma, no habrá tranquilidad para nada. La gente se arrebatará la prensa, para leer en la versión del Senado la última palabra del señor Alessandri, sobre el gravísimo problema: ¿Sigue nerviosa la señora?

Pero no es esto lo más serio. Al ver al senador por Aconcagua derrochar el caudal de su elocuencia en defensa de los fueros femeninos, todas las mujeres del país van a envidiar secretamente la gloria de ocupar las sesiones del Senado, de llenar los boletines del Congreso, y de encontrar en el Parlamento un paladín de la talla del señor Alessandri. ¡Y se van a poner todas nerviosas!

La gravedad parlamentaria va a hacer sufrir a la población masculina de la República los más hondos y terribles sinsabores. Pero no importa. Sea todo ello en bien de la seriedad y trascendencia que debe informar los discursos del Senado.